



GUILLERMO ATLAS



CLAUDIO GIACCONI



HERBERT MULLER

**EL AÑO LITERARIO** va avanzando y se concreta día a día un panorama que destaca la variedad y complejidad de nuestro relato corto. Parece que 1959 será, en definitiva, más propicio al cuento, cuyo crecimiento es sintoma notable de la preocupación que, por el género, sienten las nuevas generaciones.

Guillermo Atlas se dio a conocer con su novela "El Tiempo Banal", a la que precedieron diversas narraciones breves no recogidas en volumen. Ahora, con "Un Día de Luz", se agrupan seis cuentos que, en su mayoría, fueron escritos alrededor de 1940, a excepción de "Matinée" elaborado recientemente. Es un autor maduro, nacido en 1917, mientras que Müller vio la luz en 1923 y Giacconi en 1927. En sus líneas generales son distintos, aunque los aproximan determinadas tendencias.

Todos estos cuentistas persiguen una forma de literatura psicológica en que las profundidades subconscientes del alma son disecadas y reflejadas con pequeños toques. El estilo que usan es más abstracto, y en el caso de Giacconi, simbólico, asociativo y sugestivo. Tanto Atlas como Müller economizan las palabras y no se complacen con ningún verbalismo, al revés de lo que sucedía en las generaciones criollistas nutridas por el naturalismo y el impresionismo.

Atlas tiene como personajes de su creación hombres y mujeres de clase media, burócrata y pequeños burgueses anclados en un estrecho horizonte económico. Por excepción, en el cuento titulado "Un Día de Luz", pinta tipos del pueblo, como un tornero, un asaltante y varias prostitutas de humilde calidad.

En "El abogado de ojos color café", se traza una historia breve, de escaso cuerpo, donde Atlas pretende retratar las mutaciones de un espíritu que comprueba la incapacidad para la acción. Sin ser el mejor trabajo del libro, sirve para conocer el punto de vista del autor, tanto sobre la gran ciudad donde viven los protagonistas como respecto a su condición humana. No se detiene mucho Atlas al describir el ambiente exterior y prefiere anotar lo que define a la capital del país. Por ejemplo, estas líneas: "Los vecinos de Santiago semejan miembros de alguna secta cuando ocupan en silencio sus asientos en los autobuses. Sólo una ligera llama que brota de esos pequeños ojos, como gotas de café, revela que están vivos y atentos. Miran por los vidrios la inmensa montaña que está siempre allí y cuya presencia llega a inquietarlos, pero no esperan nada de ella. Al descender de los vehículos, se deslizan por las aceras sin volver la cabeza; las ráfagas cordilleranas bajan sin cesar sobre sus espaldas".

El caso del abogado se va a repetir con el jefe y también con el comisionista. El primero posee una especie de pudor que lo retrae y, como dice Atlas, "lo remite al odioso cerco desde donde no podrá salir jamás". Es un caso sin



- UN DIA DE LUZ, por Guillermo Atlas (Santiago, 1959)
- LA NOCHE EN CASA, por Herbert Müller (Edit. Universitaria, 1959)
- EL SUEÑO DE AMADEO, por Claudio Giacconi (Edit. Universitaria, 1959)

solución, y el personaje se conforma con pensar que tendrá que desaparecer en un día no lejano y no perturbará con su desdichada queja, la alegría de la humanidad, incluyendo la fiesta de la miseria.

En "El caso de la Calle Colonia" se relata la historia de un matrimonio y un perro, cuya muerte provoca el marido luego que desaparece su mujer. Es algo morboso el ambiente y el tema es diverso al de los restantes relatos de Atlas, donde pueden hallarse más definidas las tendencias de su arte narrativo.

En "El Jefe", brota un episodio extravagante que combina el humor y la sátira de los tipos burocráticos. Posee notas sordas en que Atlas obtiene resultados excelentes al contrastar el temor de los subalternos y la gravedad del que mueve un pequeño universo de empleados. El instante en que el Jefe y Olgúin se mezclan y van a beber en una cantina de barrio pobre alcanza contornos grotescos que dan medida de la capacidad burlesca del autor.

Una tremenda separación existe entre el Jefe y Olgúin, el portero particular del gerente. La reacción humana del Jefe fracasa frente al abismo que los aleja. Siempre en el pequeño universo reflejado por Atlas se presentan conflictos semejantes, en que actúa un elemento fatalista y condicionado por una sórdida realidad. No menos ejemplar, es el caso del gerente de una oficina de representaciones cuando asiste a la fiesta infantil en la casa de Gómez, el insignificante subordinado que aparece en "Matinée", el más extenso relato del volumen. Lo aparente y lo ficticio de una situación social sirven, de nuevo, al escritor para bosquejar un enredo y plantear las contradicciones del medio burocrático. "En resumen mi ubicación en el concierto universal es completamente ficticia, dice el protagonista. Y agrega lo siguiente: "¿Pero adónde estaría mejor?: ¿es que acaso hay un sitio para mí en alguna parte? A veces me pregunto para qué sirvo, qué se podría hacer de mí. No he encontrado respuestas a estas dudas. "Usted es un excelente comisionista... —suelo escuchar— los asuntos vuelan en sus manos". Por momentos llego a esta magra conclusión: he nacido para ser un comisionista".

En "La Tormenta", afronta Atlas, un asunto distinto en que lo simbólico predomina sobre lo realista. Es un cuento de estructura diversa a la de sus restantes producciones. En "Un Día de Luz", cambia el escenario y describe la humillación de un obrero que es conducido a un prostíbulo por un asaltante con el que se ha hecho amigo en un albergue. Aquí se percibe el choque de la gran ciudad con un oscuro ciudadano atrapado por la oscuridad urbana. Los fracasos del obrero continúan cuando pretende hablar borracho en un sindicato que discute la huelga en que también participa.

Con su último libro Atlas se incorpora al creciente grupo de los cuentistas que prefieren el relato psicológico, sin gran acción, pero con claro dominio de los problemas provocados por la angustia, la soledad y el tedio. Casi todos sus personajes viven como separados de la sociedad y no se entienden entre ellos. Están amarrados a un destino incierto o se sienten como extraños al medio en que vegetan. Una visión descarnada del ambiente santiaguino permite a Atlas desplegar sus condiciones descriptivas con un conocimiento remozado de la vida metropolitana, de calles y oficinas, cantinas y burdeles de la capital.

**HERBERT MÜLLER** en "La Noche en Casa", confirma su esquematismo anterior, al eliminar de su lenguaje casi todo lo accesorio. Es un caso interesante y casi único en las letras chilenas. Sabe elegir las palabras precisas y nunca cede a la tentación del adjetivo o del color. Pero, en cambio, consigna el secreto de un laconismo indispensable que sin esfuerzo coloca frente a situaciones o conflictos tensos que se resuelven con facilidad. Me parece excelente el primer cuento —"La Noche en Casa"—, que da el nombre del conjunto.

El protagonista, llamado Adolfo, se siente arrastrado a pasar unas horas en un prostíbulo, en compañía de una mujer que eligió por compañera. Marta, lo recibe con indiferencia, pero pronto padece curiosidad por un tipo tan extraño. Trata entonces de seducirlo, pero tiene que luchar con el carácter apocático del tipo. La acción es rápida y las cosas suceden con ritmo cinematográfico. "Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir adonde ninguna de ellas, porque las tres me pegan", dijo el hombrecillo, apenas hubo cerrado la puerta tras de sí. "Por eso es que he venido a pasar la noche aquí", agregó. Marta, no había pedido explicación alguna; el hombrecillo se le había acercado en el salón, donde ella estuviera con las otras chiquillas, y con mucha cortesía le había dicho: "¿Desea servirse algo?", y ella le había aceptado una cuba libre, porque tenía sed y calor y porque no le creyó dispuesto a gastar más en bebidas". Así introduce Müller al lector en su relato, con indiferencia aparente, que hizo decir a un crítico que daba la sensación de estar mirando a otro lado. Sin embargo, todo se mueve con fulgor limpio, con raro acierto, Müller es un escritor que, como pocos de su grupo, ha extraído de la vida casi todo el jugo posible a sus años. Es el menos literato de los narradores de la denominada Generación de 1950, y carece de pedantería o de dogmatismo. Generalmente, se mueve con familiaridad entre la clase alta de Chile, cuyos defectos y grandezas presenta sin ningún prejuicio. En este sentido, merece señalarse el cuento, "1939, o El Sombrero Marrón", de gran sutileza y armonía cuando describe la comida ofrecida por Pedro Ramos Marín en la víspera de su santo. Es una evocación vívida y no desprovista de humor de una reunión de gran mundo, con notas inteligentes y agudas que escasean entre los escritores consagrados a pintarlo. Véase, por ejemplo, la sobriedad heroica de estas líneas: "Bebieron heroicamente, hasta no dejar una sola gota a pesar de que ese vino tenía ahora, precisamente, el sabor de los candelabros, de la escalera de mármol, de las arañas, de los encajes del mantel y de la anciana polaca que está arriba, en sus señoriales habitaciones, guardaba reposo. Era todo aquello resumado en una copa". Y así también Müller sabe condensar y también separar lo que daña o aumenta inútilmente el volumen narrativo. En "A las Doce y Cuarto", el cuentista trata un asunto en que el tiempo condiciona el argumento, de gran síntesis, pero cargado de sugerencia. En su totalidad, "La Noche en Casa", produce una impresión favorable y afirma el prestigio de Müller, ya revelado desde "Perceval y otros Cuentos" (1954), que ha merecido excelentes comentarios en el país donde vivo.

**CLAUDIO GIACCONI**, en el volumen "El Sueño de Amadeo", pretende echar mano de un amplio registro sensorial. Es un autor exigente, estudioso, que se inició con éxito en "La Difícil Juventud". Este cuento fue excluido por Enrique Lafourcade cuando concluyó su antología de "Cuentos de la Generación del 50".

El sueño y la conciencia conforman la trama dando la medida del talento de Giacconi en un relato que, según sus palabras, está generado por una vivencia hecha idea. El intelectualismo del autor lo conduce a precisar sus conceptos sobre el cuento y su estética en un largo prólogo no siempre categórico cuando pretende analizar el destino actual de la narración. Giacconi se instala con gran dominio técnico en el juego alternado de sensaciones obtenidas de la memoria a través de imágenes visuales y de otro tipo, aparte de sus asociaciones en que brotan los sobresaltos de una mente soñolienta. Véase como ilustración este ejemplo tomado del relato: "Solos como siempre, juntos, aureolados por una orgullosa soledad triunfante, con las manos enlazadas, tranquilos y serenos, como si el zumo agri dulce de la vida —con su fragor y su torbellino— les hubiese sido siempre ajeno, al que habían apenas rozado y, en su vecindad, vivido milagrosamente sin contaminarse. Orgullosos, siempre orgullosos y triunfantes, pero envueltos ahora en una luz otoñal, en una como claridad de atorradora sugestión y lancinante corporeidad; ella y él, como siempre, juntos, enlazados, orgullosos y triunfantes, pero envejecidos, llevando en sus hermosos rostros, las infinitas huellas del tiempo, las huellas color ceniza del tiempo, los rostros envueltos en aquel velo tenue del tiempo, y que ellos no habían podido derrotar, que los hacía bajar la cabeza, quizá con el pensamiento de que había algo, existía algo para lo que ellos no eran incólumes".

Se sigue con curiosidad y atención el solloquio de Amadeo, pensando en estos claroscuros sombríos de la conciencia que son como etapas entre el sueño y la vigilia. Antes que Giacconi, Proust y Joyce, expresaron como nadie en la novela moderna este misterioso camino que conduce a las mayores revelaciones del arte contemporáneo. En el escritor chileno se siente una atmósfera extraña, pero sugestiva que hace de su cuento un buen testimonio de la época, a pesar de la brevedad del asunto que Giacconi reviste con una prosa inclaudicable y de propiedad acústica para representar el sueño del protagonista.